



EXVOTOS Y PROFILÁCTICOS

Por: Julio Edgar Méndez

El Cristo de madera, que cuelga todo chueco, alumbrado por cientos de velas, no da crédito a sus ojos. Ahí, entre tantos exvotos y milagritos dejados a los pies de Santa Elpidia del Pubis Negro, hay un preservativo abierto del sobre, pero sin usar. El condón resalta entre la miríada de objetos de cierto precio, precisamente por su escaso y profiláctico valor económico. Hay que ser muy pobre o muy tacaño, para no desear los hijos que Dios manda a cada pareja, amarrada con cintas blancas bajo la tutela y bendición de la Santa Madre Iglesia.

El día que Arquímedes Mota conoció a la Chachis, se dijo a sí mismo que esas debían ser las curvas mejor diseñadas dentro de todo el club campestre. Un par de senos de medida exacta -deben caber en las manos, ni más ni menos-, unas caderas aguitarradas y la cintura más breve que los pensamientos útiles de nuestro presidente de la nación. Todo ello adornado por algunos milloncitos de pesos, cortesía de los bancos defraudadores del pueblo y que el padre de la Chachis -banquero profesional- se había visto obligado a dejar en su propia cuenta bancaria, no fuera a ser que se los robaran los políticos.

Arquímedes vivía con su madre, hija y nieta de notarios ilustres de aquella ciudad del Bajío quienes, a base de mucho trabajo, lograron despojar a incautos poseedores de terrenos y propiedades, para hacerse de grandes extensiones de tierra; que luego dilapidaron gracias a una sed constante de viajes al extranjero y compras estúpidas de chácharas y drogas. Para aligerar, tal vez, el desorden mental de vivir siempre con miedo de que alguien llegase a ajustarles las cuentas.

A la sazón, sólo les quedaba a Arquímedes y a su madre, una casa llena de fotos y muebles viejos, en uno de los mejores barrios de la ciudad. Pero tenían un apellido ilustre: De la Mota.

Y por eso eran recibidos por los nuevos y viejos ricos pretenciosos con apellidos sin alcurnia. Esa fue la razón por la cual, cuando le puso el ojo a la Chachis, a todos les pareció lo más natural. Un nombre y apellido bastan y sobran para conquistar a una mujer sin más posesiones en la tierra que un cuerpazo y una lanota esperándole como dote al afortunado poseedor de sus encantos.

Pero como nada en la vida es perfecto, la Chachis tampoco era perfecta. Al principio le dio entrada al galán, pero pronto se vio que la prisa de Arquímedes por conquistarla e ir asegurando su porvenir, era inversamente proporcional a las ganas de ella de dejarse conquistar por él.

El joven intentó todo lo imaginable por meterse bajo las sábanas con la Chachis, diciéndole que la amaba más que a nadie en el mundo, -lo que debía tener alguna verdad, puesto que no amaba nada-, que nada más verla le derretía el palo de la paleta con que solía enfriarse la lengua; que le dejara demostrarle cómo el amor sabe más a amor con las pieles rozando sin ropa de por medio.

Hasta le dijo que no era sólo deseo, sino por prescripción médica que las mujeres debían tener sexo, porque si no lo hacen, se vuelven amargadas y sangronas. Pero nada, la Chachis era de una pieza. El sexo era sólo para reproducirse, como dice la Santa Madre Iglesia.



Así que, como ella no tenía la más mínima intención de tener hijos por el momento, pues ni hablar. Arquímedes debía buscar otra estrategia, ya que para ella el matrimonio era el requisito para tener hijos, pero como aún no los quería, pues tampoco deseaba casarse. Difícil y apremiante situación para el joven, ya que su estado económico pasaba a la etapa alarmante, ésa en que nadie te presta y todos te cobran.

Decidido, puso manos a la obra. Se dio una vuelta por el mercado de chucherías, donde lo mismo encuentras una cura para la gripe, que una sarna para tu enemigo más odiado. En ese mercado, la curandera más famosa era la Manosanta, una señora de edad indescifrable con cara de mono y risa de hiena, que le dio el secreto para enamorar mujeres: una gota de esperma de Judas Iscariote.



Aquella solución mágica había sido preservada milagrosamente por siglos y siglos, como la Manosanta le explicó a Arquímedes, y que gracias al celo de los parientes de Judas, que rogaron a Dios le perdonara su traición, en un acto de arrebatamiento místico le extrajeron el fluido vital. Sólo había un requisito que cumplir: podía usarse una sola vez y debía ser con fines de reproducirse. ¡Chin!, la Chachis no se iba a dejar de buena gana.

Había que hallar una forma de hacerlo sin que ella se diera cuenta. ¿Cómo le hace uno para que una mujer no se dé cuenta? No, pues estaba muy difícil la cuestión. ¿Hacerse el moribundo y pedirle como última gracia que se dejara hacer el amor? ¿Decirle que la virginidad es causa de cáncer y uno es la cura?

No había de otra, ya tenía la solución, ahora sólo necesitaba administrarla. Con mucha astucia iba el joven abonando el terreno, hacía comentarios a todo el mundo sobre cuánto amaba a la Chachis, qué bella era, con qué fervor le daría gracias a Dios todos los días si ella aceptara ser su esposa. Hasta empezó a ir a misa todos los jueves para que su pretendida y la familia de ella lo vieran de rodillas, comulgando y pensando mientras chupaba la ostia: ¡Condenada Chachis!

Así pasaron quince meses, hasta que, de tanto ir a la fuente, el cántaro se quebró y Arquímedes se volvió devoto fiel y entusiasta de Santa Elpidia del Pubis Negro. Cuenta la historia que aquella santa mujer había muerto en olor de santidad, (dicen que huele como a ajo), virgen y mártir, ya que no permitió que el negro que le había quitado la virginidad, violentando su entrada, pudiera retirar su pene una vez que la penetró; lo que técnicamente la mantuvo virgen, y así murieron los dos.

A ella la hicieron santa (aunque con el pubis negro) y a él lo hicieron cachitos a puros machetazos por andar de caliente. A esa santa mujer le rezaba todos los jueves el joven De la Mota. Era tanta su devoción, que la Chachis empezó a creerle la fe y hasta él mismo se la fue creyendo.

El día en que finalmente aceptó salir con él a cenar y bailar, aquél supo que la cosa ya estaba hecha en un noventa por ciento, o en un noventa y uno punto cinco por ciento, para ser más exactos. Arquímedes se acicaló lo mejor que pudo, le pidió prestado a un tío su auto nuevo y compró un condón marca Quietopanchito, con el cual pretendía echar mano del remedio de la Manosanta. Por si las dudas, ese jueves no fue a ver a Santa Elpidia, no fuera siendo que la Santa se encabronara porque él le quería quitar la virginidad a la Chachis. A las nueve en punto pasó por ella. Cenaron y hablaron de muchas cosas intrascendentes -el tema favorito de ambos- y se dieron cuenta de que en realidad se entendían. Ella carecía de cultura y a él le sobraba ignorancia.



Luego se fueron a bailar. En medio de la pista Arquímedes le dijo que ya sólo pensaba en ella, que todos los jueves le pedía a la Santa le concediera la dicha de ser el esposo de la Chachis, que era capaz hasta de trabajar por ella.

La chica no era tan de piedra después de todo y ya hasta se le pegaba de cachetito, aunque fuera música electrónica la que oían, cuando al joven le llegó la inspiración, -¿sería la Santa o sería Judas el de la idea?- le dijo muy suavemente al oído: Que le había prometido a Santa Elpidia, que el día que hiciera la prueba del amor - como ordena la Santa-, con la mujer elegida y ésta no diese señales de amarle en respuesta, él se volvería cura.

Aquello funcionó, la Chachis no pensaba llegar tan lejos en su apatía, era medio fría pero sin exagerar. Le preguntó acerca de esa prueba de amor pensando en la clásica engañifa de irse atrás de los arbolitos, pero no: Arquímedes le explicó que era una cosa simple. Le dijo que en su dedo había derramado la santa una gota de sus lágrimas y ésta debía tocar el pubis de la mujer elegida -por supuesto que aquello era lo que ya sabemos-, lo cual no le pareció tan malo a la joven, quien como que de pronto sentía cosquillitas entre los dedos gordos de los pies, así que aceptó la prueba. Ahí mero, en medio de la pista -total, se hacen cosas peores y nadie se da cuenta-, el dedo medio del galán -¿por qué siempre el medio, es el medio?-, depositó aquella gota de recuerdos de Judas, entre las piernas de la chica, con tan buena puntería, que antes de un mes ya estaban casados con todas las de la ley.



Ante los ojos atónitos del Cristo chueco, Arquímedes depositó tempranito, antes de la boda, el condón que nunca llegó a usar y llevaba preparado aquel día de la Disco; lo dejó a los pies de Santa Elpidia del Pubis Negro, por el favor concedido, y esa inspiración repentina que evitó que usara el arma matadora de bebés no nacidos.

¿Y funcionó la gota de espermatozoides de Judas Iscariote? Quién sabe, porque apenas llevan cinco años de casados los señores Mota, pero dicen las chismosas sirvientas, que los cinco hijos del matrimonio, han sido todos por cesárea, ya que los médicos han detectado que cada bebé viene ahorcándose con su propio cordoncito umbilical.

FIN